

Recibido: 10/ 05 / 2025

Aceptado: 20/ 06 / 2025

¿QUIÉN SE HA LLEVADO MI PLACENTA? NARRACIONES PLACENTARIAS: Episteme y política desde una bioética feminista y decolonial

Who took my placenta?

Placental narratives: epistemology and politics from a feminist and decolonial bioethics

AUTORA: ESTER MASSÓ GUIJARRO
Universidad de Granada, España

ABSTRACT

This article offers a multidisciplinary approach to the placenta to understand its treatment across various cultures and historical contexts. It draws on feminist and decolonial bioethics to underscore the importance of maternal narratives as an authorized knowledge source. Its primary aim is a critical narrative review of the placenta's ethnocultural history; from this review, concepts such as placental narratives/stories, placental revival, and placental agency are coined and developed to critically enrich both the epistemic and political discourse on the placenta. Finally, it recommends legally regulating mothers' direct rights over their own placentas.

KEYWORDS: *Placenta, Bioética, Feminismo, Giro Decolonial*

RESUMEN

Este artículo presenta un abordaje multidisciplinar sobre la placenta para entender su tratamiento en diferentes culturas y contextos históricos. Se parte de la bioética feminista y decolonial, para realzar la importancia de las narraciones maternas como fuente de conocimiento autorizado. Como principal objetivo, se realiza una revisión narrativa crítica sobre una historia etnocultural de la placenta; de ahí, se acuñan y desarrollan conceptos como narrativas/relatos placentarios, revival placentario o agencia placentaria, para enriquecer críticamente, en lo epistémico y político, el discurso al respecto de la placenta, recomendándose finalmente la regulación jurídica de los derechos directos de las madres sobre sus propias placentas.

PALABRAS CLAVE: *Placenta; Bioethics; Feminism; Decolonial Turn*

0. A modo de previo: historia de dos placentas¹

“Miixoní quih zo hanta no tiij?” [“¿Dónde está enterrada tu placenta?”].
Saludo estándar entre los seri, tribu del norte de México (en Bastien 2017:103).

Cuando mis hijos nacieron, mis placentas vivieron bastante tiempo en el congelador de mi casa, donde las guardaron las sabias personas que me acompañaron a parir: “Ahí la dejamos para cuando decidas qué hacer, es tuya”, algo así me dijeron mis matronas la primera vez, y yo en ese momento no entendí mucho, o no supe calibrar hasta qué punto estábamos haciendo algo revolucionario y a la vez muy viejo. Algo ancestral. Algo ritual. Ahora, tantos años después, me doy cuenta. Gracias por pensar entonces por mí, más lejos, más lúcidas, con el neocórtex más activado frente a la tremenda madre reptiliana de aquellos días azules.

Yo estaba tan afanosamente obnubilada con el enamoramiento carnal y lácteo de mis bebés, puro fluido, ardiente labor, que, en ambos casos, no pensé en exceso en la placenta, ni tampoco leí apenas del tema (no intelectualicé, como ahora se dice).

Ambas placentas tuvieron, por suerte, destinos bellos. Esos órganos fabulosos que son de mis hijos, con su código genético, distinto del mío, y que yo fabriqué y mi cuerpo supo habitar y convivir sin extrañar (ahora sé que el sistema inmune tiene que “desactivarse” un poco, sin perder su eficacia, para no rechazarlas; uno de tantos datos mágicos que la ciencia desgrana). La primera placenta, la de mi hijo, la acabamos enterrando en un monte bello cercano a nuestra casa. La segunda habita en la tierra de mis padres, un trozo de mundo cerca del Mediterráneo donde la sembramos, sin saberlo entonces muy cerca de las propias cenizas de mi padre, que enterraríamos allí también al poco, junto con mis cabellos que corté como duelo.

Allí siguen, aunque no los veamos, todos esos hermosos restos del amor más grande que ha existido.

No los vemos, pero mi corazón lo sabe.

Las placentas, esa otra parte inmensa que se pare también, se alumbró (eso es propiamente el alumbramiento, aunque se suela decir mal), que es del bebé, nace con él después, unido por el cordón, fabuloso órgano inmenso que alimenta y que es casi otra criatura, en tamaño al menos, cuando la ves, o notas, salir por vez primera de tu cuerpo en el parto. Yo sí recuerdo, entre brumas, que aluciné porque fuera tan grande. De veras, era casi otro bebé, informe, extraño, sublime. Un “hermanito” del bebé, ahora sé que lo consideran algunos pueblos.

Es al salir la placenta cuando suele expulsarse más sangre del cuerpo, yo entonces tampoco pensé mucho en esas cosas. En mi caso, la intensa succión de mis bebés hizo que el sagrado se contuviera mucho, el útero no paraba de contraerse, reduciéndose rápidamente. El individuo saltaba por los aires: cómo sabía mi útero que tenía que dejar de sangrar por el hecho de que mi criatura estaba succionado mi pezón. No, estas cosas no las sabían Descartes o Kant cuando hablaban de la glándula pineal y del individuo, y peroraban sobre la vida y la muerte. Tenían que haberle preguntado a sus madres, a sus matronas. Pero las mujeres callaban de estas cosas, al menos con quienes sabían que no las iban a entender.

¹ Dado el marcado carácter (auto)etnográfico que mi investigación posee en muchas ocasiones, y siguiendo el ejemplo de autoras como Sarah Cohen-Shabot (2020), por razones epistémicas que se irá desgranando se ha optado por comenzar este artículo con este previo autorreferencial de la autora, siguiendo que lo personal es político.

Con mi hija, mi segundo parto, mis matronas me hicieron un batido de frutas donde incluyeron un poco de placenta. Yo solo recuerdo sabor a cítrico, con mi hija preciosa en mi pecho, las dos desnudas, tapadas por fuera, su piel y mi piel como una sola, ella callada, mirándome como una hoguera, unos ojos de fuego que existían por primera vez en la historia del universo, mamando sin apenas ruido. “Nunca estuve tan alta”, como dijo Juana Castro. Yo moría de amor, no podía amar más fuerte, no sé ni cómo no llegué a estallar entonces.

Todavía me lo pregunto.

1. Introducción: *¿quién se ha llevado mi placenta?*

“¿Mi placenta...? Nunca vi mi placenta... Solo la oí mencionar de pasada al médico, cuando le dije que volvía a sentir contracciones de parto”
(Relato placentario de madre).

El interés por la placenta es universal² y transhistórico, lo que no significa, por supuesto, que haya existido de manera universal y transhistórica una autonomía o agencia de las mujeres parturientas al respecto de qué hacer con sus propias placentas tras el alumbramiento. Todavía menos desde que la obstetricia moderna irrumpió con sus paritorios y sus potros en el espacio, mucho más amplio, de la partería.

Como ha hecho con tantas otras cosas (tejidos, fluidos, productos... criaturas, incluso) del cuerpo femenino, la obstetricia biomédica occidental ha minimizado, excluido, banalizado y directamente usurpado la placenta a sus dueñas y generadoras: las madres. Tantas mujeres que ni han visto sus placentas, que ni siquiera saben muy bien lo que es eso.

Como veremos, frente a ello, muchas culturas han considerado la placenta como un elemento espiritual protector. A menudo su entierro simboliza la conexión con la tierra y los ancestros, con múltiples asociaciones a bendiciones y salvaguarda de la nueva criatura, pero también de la madre y su futura fertilidad (por ende, la continuidad del grupo). Curiosamente, la fisiología placentaria hoy ofrece datos tan asombrosos que, en cierto modo, confluyen con muchas de estas intuiciones. Con la placenta pasa como con el parto o la lactancia: no podemos pensarla solo desde el bebé o desde la madre. Poder, podemos, pero no la comprenderemos del todo si aplicamos solo una episteme individualista, separada: se trata de una cosa plural que tiene un origen plural en la diada madre-bebé. Es una forma fascinante, en realidad, de quiasmo, aplicando el tratamiento filosófico que Merleau-Ponty (2010) acuña sobre el co-funcionamiento, en el sentido de vínculo de referencia mutua entre dos términos³.

¿Qué hacen otras mamíferas con sus placentas? Muchas madres se comen su propia placenta, junto con la bolsa amniótica y el cordón, lo que probablemente sea lo más ecológico, sostenible y nutritivo que pueda hacerse (sin parangón). Pero ¿qué hace la especie biocultural por antonomasia, la especie cuya naturaleza es la cultura -como dijo Ortega, aunque se equivocó un poco, porque también *nuestra cultura es la naturaleza*-?

Pues hace cosas (bio)culturales. De muchos tipos.

² O “relativamente universales” los motivos y prácticas para tratar con la misma en distintas regiones y épocas, que diría Wahrig (2024), acaso con más moderación.

³ Cf. aplicación de “quiasmo” que realiza Mairarú (2024).

Quemarla junto a otros “desechos” en la incineradora el hospital, sin ningún tipo de reverencia, como el que tira basura, y sin siquiera preguntarle a la dueña y creadora de la placenta qué quiere hacer con esa cosa suya, es también una conducta biocultural. Aunque tal vez no la más adecuada.

Vamos a hablar aquí de la placenta como algo radical, de ir a la raíz (Jordan 2017a y b); esa placenta que, como se ha llegado a decir, es literalmente nuestra primera forma de relación (Stenzel 2017); denunciando, por otro lado, que para la medicina occidental la placenta no sea más que un “pedazo de sangre y tejido, destinado a la incineración poco después de que el bebé tome sus primeras bocanadas de aire. Esta conexión primigenia se corta abruptamente, con poca consideración por las repercusiones físicas y simbólicas para el niño o para la cultura en general”⁴ (Stenzel 2017: 30) [mi traducción del inglés; ídem para todas las citas literales que sean extraídas de textos en inglés]. Y reconocer esta importancia no es esencializar o romantizar o idealizar. Es el deseo y el derecho de conocer el cuerpo propio, nuestros cuerpos maternos, nuestros embarazos, nuestros bebés, nuestras dinámicas fisiológicas, nuestras condiciones. Conocerlos y reconocerlos y dignificarlos.

La placenta es un órgano fundamental en la biología humana, esencial para el desarrollo fetal y el embarazo, pero su importancia ha sido históricamente minimizada, incluso marginalizada. Este artículo explora, frente a ello, la placenta desde diversas perspectivas, fusionando la antropología, la filosofía y la fisiología para entender cómo este órgano ha sido conceptualizado y tratado en diferentes culturas y contextos históricos. A través de una revisión multidisciplinaria, se examinan las implicaciones culturales y sociales que surgen en torno a la placenta, no solo como un órgano biológico, sino también como un objeto cargado de simbolismo, ritualidad y conflicto.

En la primera sección del artículo, se explorará la fisiología de la placenta como un órgano crucial en la gestación y más allá, lo que podemos llamar la “mirada desde la ciencia”. A continuación, se abordará la parte fundamental del texto, consistente en una revisión narrativa crítica sobre lo que he llamado “historia etnocultural” de la placenta, destacando cómo distintas culturas han concebido y tratado este órgano a lo largo de los siglos; acuñaré, al hilo, conceptos como el de “agencia placentaria”, resaltándola como forma de capital social. Un último epígrafe se destinará a un breve análisis del discurso de un “relato placentario” en el contemporáneo revival sobre la cuestión, buscando reconocer la voz materna como fuente autorizada de conocimiento. Concluiremos sobre la necesidad de articular epistémica y políticamente este derecho a una agencia placentaria genuina, y la regulación jurídica que ello deba suponer en cada caso, a escala internacional.

1.1. Episteme y métodos: bioética narrativa, feminista y decolonial, para una (auto)etnografía encarnada

Este artículo parte de un enfoque de la bioética feminista, decolonial y narrativa.

La bioética feminista (Wolf 2023) es precisa para reconocer el sesgo de sexo-género que ha atravesado la bioética desde sus inicios, habiéndose prestado escasa o nula atención a los problemas específicos que enfrentan las mujeres y a los análisis feministas de los problemas de salud actuales.

Asumimos también la necesidad de una bioética intercultural decolonial (Martínez Dueñas 2023), que nos inste a buscar temas silenciados, sujetos silenciados y epistemes

⁴ Mi traducción del inglés (ídem para todas las citas literales que aparezcan traducidas al castellano).

silenciadas, como aquí veremos. Así, nos ubicamos en la intersección de estas dos grandes lupas, feminismo y giro decolonial, para con la perspectiva bioética.

En cuanto a la bioética narrativa (Massó Guijarro 2023), la entendemos en el paradigma narrativo general como parte del “grupo de aproximaciones éticas que exploran el potencial de la experiencia narrada, la capacidad imaginativa y los contextos de interpretación” (Garrafa et al. 2014), una perspectiva enriquecedora del marco genérico de la bioética narrativa aplicada (Domingo et al. 2020); complementariamente con la filosofía de la narración (Cavarero 1997). Nos es útil y necesaria especialmente en el aspecto del método: en este sentido, las narraciones de madres al respecto de las placentas, así como el rastreo histórico de su tratamiento, supone un ejercicio de arqueología desde esta mirada bioética narrativa, decolonial y feminista.

Estas miradas son cruciales y estructuradoras en mi investigación sobre parto y lactancia, pergeñada desde una perspectiva tanto filosófica como antropológica y etnográfica en lo metodológico; todo ello se halla a la base experiencial de este artículo, aunque este constituya un trabajo independiente y autónomo, eminentemente analítico y fenomenológico (cf. Massó Guijarro 2023). Dentro de esta óptica etnográfica, la *autoetnografía*⁵ es asimismo un método crucial para mi trabajo.

En mi caso, desde 2008, y en tanto que madre lactivista de dos criaturas e investigadora, realizo una incesante actividad de participación y observación en distintos grupos, formales e informales, y espacios sociales y científicos de todo tipo sobre experiencias vinculadas con el matriactivismo; *ibíd.*). Ello es parte también de lo que a menudo se llama pesquisa militante, entre otros tantos modos posibles de denominar la imbricación de lo personal (y carnal, y sexual) y lo político y, sobre todo, su legitimación también (o muy especialmente) en la academia (*ibíd.*).

Finalmente, este artículo se ha documentado en función de una revisión bibliográfica sistemática cualitativa. Para ello, se ha explorado (con términos clave en torno a “placenta”, en castellano y en inglés) en las bases de datos de Web of Science y Scopus, además de, complementariamente, en los portales académicos de AcademiaEdu, ResearchGate y Google Scholar. Como es habitual en mi trabajo, la literatura gris y la *netnografía* han sido igualmente dos fuentes referenciales de conocimiento y aprendizaje.

En cuanto a los posibles límites del abordaje narrativo y el marco metodológico aplicado en este estudio, son los propios de cualquier mirada etnográfica de este talante. Las narraciones densas ofrecen una mirada profunda inequívoca a la otras disciplinas aunque, como es obvio, pueden conllevar riesgos de sesgo interpretativo. En todo caso, este ensayo no aspira en absoluto a una generalizabilidad de resultados en un sentido estadístico sino, como es propio de la antropología y la filosofía, visibilizar y comprender la densidad de la vida social.

Se sugiere, por supuesto, la posibilidad de futuros abordajes más protocolarios propios de otras miradas, tal vez diseños mixtos que asuman la reflexividad metodológica y la construcción de un marco epistemológico cada vez más sólido y representativo.

2. El órgano placentario desde la fisiología, o la placenta vista por la ciencia: ¿todavía más mágica?

“Aunque la placenta es el tejido más disponible, es el órgano menos investigado a fondo y muchos aspectos de su control todavía son desconocidos. [...] El sentimiento que

⁵ Ello se avala por las publicaciones de otras colegas en la misma línea en revistas referenciales de primer nivel, que apelan y aluden a sus propias experiencias autobiográficas y con talante *autoetnográfico*, como el caso paradigmático (entre otros) de Sara Cohen Shabot (2020).

prevalece es que una vez que ha ocurrido el parto la placenta es un tejido superfluo que sólo necesita ser desechado” (Morgan-Ortiz et al. 2015: 1). ¿Qué nos dice la ciencia hoy sobre la placenta? Frente a su significado espiritual y simbólico, su consideración como “desecho del parto, residuo biológico que directamente se arroja a un contenedor para su incineración” (Carmona 2024: 65) es algo que sucede sistemáticamente, como tantas otras cosas, desde que los partos pasaron a ser un “asunto de obstetricia” en el hospital.

Y, frente a esta forma de nombrar la placenta como “desecho del parto”, la misma ciencia hoy presta cada vez más atención (seguramente aún no la suficiente) a este “órgano olvidado” (Maltepe y Fisher 2015), temporal aunque crítico (Weinberg 2024), esa suerte de “interfaz” entre mamá y bebé (O'Brien et al. 2023) que actúa como órgano endocrino e inmune, mostrando la investigación sobre su formación mucho de los mecanismos que subyacen a numerosas patologías relacionadas con la gestación y el parto (Carmona 2024). Aún más, el funcionamiento de la placenta ofrece claves cruciales también para la investigación sobre el cáncer (Costanzo et al. 2018; Pang et al. 2022; en Carmona 2024), hasta el punto que hoy existe un proyecto holístico internacional acerca de la placenta y su impacto no solo en la salud materno-infantil y durante el embarazo, sino también durante toda su vida: HUMAN PLACENTAL PROJECT⁶.

La placenta es un órgano de origen fetal del que solo una pequeña parte procede de la madre (en concreto de su endometrio), siendo la mayoría de sus células componentes del ADN de la nueva criatura (Carmona 2024: 69). (A nivel jurídico en España, de hecho, veremos cómo se considera un órgano “solidariamente” de madre y criatura -Martín Herrera 2017-). Durante el embarazo funciona como una auténtica “guardiana del bebé” (Carmona 2024: 77) -y reparemos en que esta expresión es de una reputada neurocientífica contemporánea, no de un chamán-, obrando de interfaz entre el torrente sanguíneo de madre y bebé, un “sofisticado programa capaz de cumplir todo un conjunto de funciones que aseguren el éxito del embarazo” (ibíd.), pero controla este a la par que genera todo tipo de hormonas vinculadas con la lactogénesis y hasta con la facilitación del trabajo de parto, entre otras muchas cosas. Verdaderamente, la valoración histórico-simbólica y ritual que de la placenta han hecho tantas culturas, posee un refrendo científico hoy en la formidable cantidad y calidad, la virtualísima complejidad de su función (lo que a la vez justifica sobradamente lo que llamo en este artículo -más adelante- “revival placentario”).

Otro de los datos científicos fascinantes de la placenta es que... tiene sexo: hay placentas masculinas y femeninas, en función como es evidente el sexo del propio bebé. No se trata de una estructural asexual sino que es “órgano sexualmente dimórfico, al igual que todos los órganos de nuestro cuerpo” (Carmona 2024: 80), lo que por cierto es un dato científico relevante (Maxwell et al. 2023, en Carmona 2024: 80), en relación por ejemplo con la diferente respuesta de unas y otras placentas a la contaminación atmosférica, lo que a su vez ofrece hipótesis sobre su papel modulador de “enfermedades que se detectan en la vida extrauterina cuya prevalencia difiere entre hombres y mujeres” (Carmona 2024: 81).

Lo que la ciencia contemporánea más novedosa nos cuenta de la placenta es casi mágico, tan formidable que, lejos de desacralizar este órgano, contribuye todavía más a despertar el asombro ante sus capacidades y funciones. Hay incluso curiosidades verdaderamente alucinantes, como las vinculadas con las células sincitiotrofoblasto, cuyo genoma no procede de AND humano, y hoy una de las hipótesis más aceptadas es que proviene de un retrovirus (Lavialle et al. 2013)⁷.

⁶<https://www.nichd.nih.gov/sites/default/files/publications/pubs/Documents/HumanPlacentaProject.pdf>

⁷ “En resumen, según esta hipótesis de la virología evolutiva, hace mucho tiempo, un retrovirus infectó a un vertebrado ovíparo y desencadenó la evolución de proteína llamada sincitina, que, a su vez, permitió la creación

Como arriba señalamos, fisiológicamente la placenta se encuentra en la interfaz entre los lechos vasculares materno y fetal, donde facilita el intercambio de nutrientes y desechos para permitir la existencia intrauterina. Las células placentarias (trofoblastos) logran esta función al invadir y remodelar la vasculatura uterina. Sorprendentemente, a pesar de su origen fetal, los trofoblastos no desencadenan una respuesta inmune materna significativa. Además, mantienen una hemostasia altamente eficiente en esta interfaz extremadamente vascularizada (Maltepe y Fisher 2015).

Décadas de investigación sobre cómo la placenta se diferencia de los tejidos embrionarios para llevar a cabo estas y otras funciones, han revelado un nivel de complejidad previamente no reconocido en su composición celular. Asimismo, nuevos hallazgos sobre el papel de la placenta en la regulación del desarrollo y el metabolismo fetal han impulsado un renovado interés en comprender la interrelación entre el bienestar fetal y placentario, como señalan Maltepe y Fisher (2015). Estos autores enfatizan las investigaciones emergentes en biología placentaria, así como la importancia de la placenta para la salud fetal y adulta.

Y, pese a los apabullantes datos sobre la misma, todavía es habitual que en los paritorios este órgano pasmoso producido por los cuerpos de las madres se deseché sin ni siquiera preguntar a su dueña; dicho de otro modo, se desatribuye, se desposee a las madres, de forma inadvertida seguramente, de algo muy importante⁸.

De hecho, podemos hablar del despojo de la placenta: la inducción de su alumbramiento y su desecho como formas extendidas de violencia obstétrica; despojo en doble sentido: se nos despoja de algo nuestro (sin informar, sin preguntar...) y se la considera un despojo. Esta conducta posee una lectura en el marco crítico general de la violencia obstétrica, es otra forma de usurpación: esta visión de la placenta como desecho (tirando la placenta a la basura, literalmente), debe ser enteramente revisado, desde una óptica feminista y decolonial, como señalamos.

Einion (2017), en su análisis de la partería en el Reino Unido y el modo como la percepción del riesgo en el parto influye en cuál es la actitud ante la placenta, realiza una apreciación fundamental al respecto de la rapidez y la aceleración, confluente en gran medida con mi propia reflexión (Massó Guijarro 2024). Esta autora señala cómo, en el contexto occidental y biomédico, la práctica estándar es fomentar el uso de fármacos oxitócicos inyectados para facilitar y acelerar la “tercera etapa del parto” (la expulsión de la placenta) –la que es propiamente hablando el alumbramiento-. También Burns (2017)⁹ aprecia cómo la placenta se conceptúa como “pensamiento posterior” al parto en tanto que se la considera “posparto”, esa especie de “tercera etapa”. Estas autoras examinan así críticamente la historia de esta práctica, su impacto en la experiencia de parto de las mujeres y el lenguaje utilizado para dirigirlas hacia esta intervención, en lugar de permitir un alumbramiento placentario natural o fisiológico. Naturalmente, esta aceleración farmacológica del alumbramiento se considera ya en muchos contextos, insisto, otra forma de violencia obstétrica.

De hecho, no es baladí que, en las últimas décadas, a la par que crece la contestación femenina ciudadana contra la violencia obstétrica, haya aumentado el número de mujeres que desean incorporar rituales con la placenta, como su consumo o enterramiento, en sus prácticas posparto (ABC News 2021); ceremonias diversas con significados espirituales y

de la capa celular sincitiotrofoblasto, y esta, la formación de la placenta y la aparición de los mamíferos placentarios” (Carmona 2024: 78).

⁸ Mención y tratamiento aparte requeriría la industria estética que usa la placenta para uso cosmético (cf. Trujillo y Vega 2022 para un enfoque bioético sobre la seguridad de las placentas humanas usadas como materia prima farmacéutica), hecho que tiene a partes iguales de paradoja y de patriarcado.

⁹ Wood (2017) para una aproximación a las placentas y el derramamiento de sangre desde la teoría económica.

de conexión con la naturaleza, que ayudan a sanar emocionalmente y a fortalecer el vínculo de la díada madre-bebé, como veremos. Tales prácticas ofrecen beneficios emocionales y físicos, pese a las dudas de la medicina convencional.

Hasta en la placenta podemos constatar cómo y por qué el embarazo, el nacimiento, son asuntos universales, de importancia global en el ser humano, aunque pocas veces se entienda y se acuñe así, especialmente en la filosofía, frente a la visión de la muerte, por ejemplo, como asunto filosóficamente relevante, y aunque nacimiento y muerte sean tan enteramente homólogos.

Pero veamos qué nos dice una mirada a la historia etnocultural de la placenta.

3. Una historia etnocultural de la placenta

3.1. Presentación: ¿por qué la placenta y no la nada?

“El destino de la placenta influye o determina la totalidad de la historia de vida del bebé. Se considera, según diversas creencias, que encarna su propia sustancia anímica o su espíritu guardián, que es su hermano, gemelo o doble, o que mantiene una conexión mística e inseparable con él, de modo que su tratamiento o destino afectará sus habilidades, fortuna y destino” (Leach, en Davidson 1985: 75).

En general, la profusa revisión bibliográfica realizada nos muestra dos grandes miradas posibles al manejo de la placenta tras el parto: o bien su consideración como desecho (“residuo médico”, Moeti et al. 2023; Jordan 2017), lo que llamo instrumental y materialista¹⁰, desde la mirada biomédica occidental; o bien la consideración que llamo holística, más enraizada cultural y socialmente, que la valora y la pondera con connotaciones de gran importancia, hasta el punto de que se ritualiza de algún modo su tratamiento. Esto lo hallamos en numerosas culturas, en tiempos premodernos, y también en su recuperación contemporánea en numerosos enclaves occidentales (u occidentalizados) o no, que establecen relaciones críticas de contestación con el modelo obstétrico estrecho de la biomedicina.

Al respecto de la visión placentaria como desecho, ya se aportó información de tipo más biosanitario y/o fisiológico en el epígrafe anterior. Este, frente a aquél, presenta los principales hallazgos al respecto de la visión de tipo más holístico. Pero, ¿por qué (hacer) algo, y no más bien la nada, con o sobre la placenta? Aquí aplicamos una pregunta filosófica metafísica esencial (¿por qué existe algo y no la nada?, en su formulación clásica heideggeriana) a algo muy terrenal.

Ya Davidson en 1985 apreció cómo los patrones de comportamiento determinados culturalmente asociados con la disposición de la placenta son característicos de muchas sociedades, modernas y antiguas. Esta autora considera que los rituales de la placenta funcionan como mecanismos de liberación de la ansiedad, ofreciendo un medio de control sobre la salud y el bienestar futuros de la madre, la nueva criatura y la comunidad. La pregunta de por qué la placenta tiene una presencia tan prominente en las creencias y prácticas populares ha sido atribuida anteriormente a sus propiedades morfológicas y fisiológicas, pero Davidson sostiene en su investigación (que consideró prácticas de sociedades africanas, asiáticas, europeas y latinoamericanas) que los atributos asociados a ella desde un modelo psicosocial son igualmente importantes.

¹⁰ Cf. también Garnaoui (2017) o Remer (2017) para abordajes más científicos o biosanitarios.

Así, Davidson (1983) acude a las motivaciones profundas de la psique en un sentido intercultural, ensayando una explicación social al tratamiento de la placenta tras el parto: los rituales placentarios poseen al fondo consideraciones psicosociales que la significan como expresión (o “sombra”) de los aspectos liminares (“alter ego”) de la vida de la criatura: “Habiendo sido alterado el equilibrio biológico y social de la madre —y de la comunidad— por el embarazo y el parto, es necesario conjurar las posibilidades de desorden a través de la desaparición ritual (entierro, fuego) de la placenta” (Davidson 1983: 1).

En esta línea, podemos insertar también algún abordaje hallado de corte más filosófica, como el de Grau (2018), donde se reflexiona sobre la placenta como materialidad que disuelve singularmente las dicotomías corporales¹¹: la “torta materna”, en su calidad de órgano transitorio, deviene “materia de un nuevo deseo”, jugándose con las nuevas ritualidades al respecto, por ejemplo sobre su consumo (“fagocitación por la madre después del parto”): “Hacer entrar ese tejido posparto y sin vida en el propio cuerpo, después de finalizada su misión orgánica, es darle un lugar nuevamente en la vida. Considerado habitualmente como desecho, se asimila ahora en su potente valor simbólico y carnal” (Grau 2018: 1).

Sea como fuere, lo que podemos denominar una historia etnocultural de la placenta arroja asombrosos resultados, que mostramos a continuación como principales hallazgos de esta narración narrativa. Aparecen distribuidos en las cuatro grandes secciones que siguen, si bien su agrupación es bastante impura y cautelosa, ya que muchos de ellos mixturán a discreción enfoques, áreas de conocimiento o métodos, como hace la investigación más rica y el propio mundo de la vida.

3.2. Mirada etnohistórica sobre la placenta: entre la farmacopea y el ritual

“La placenta humana es de vital importancia, ya que influye no solo en el curso del embarazo, sino también en la salud a lo largo de la vida. Sin embargo, es el menos comprendido y menos estudiado de todos los órganos humanos” (Weinberg 2024¹²).

En esta mirada de corte más etnohistórica¹³ Paige(2023) se aproxima a la conceptualización de la placenta en la Europa moderna temprana desde la historia de la medicina, señalando cómo a menudo se ha tratado de un órgano “pasado por alto”, si bien los anatomistas de la época reconocieron su condición desafiante, de compleja comprensión, señalando su ausencia manifiesta en documentos y relatos más antiguos.

El uso medicinal de la placenta humana no es, por otro lado, ninguna novedad. Wahrig (2024) trata de las sorprendentes similitudes entre el uso ritual y médico de la placenta en la China Ming y en la Europa premoderna. Más en concreto, analiza el uso de las palabras que significan “placenta” y rastrea el conocimiento vernáculo sobre la misma (y su papel en el parto), así como en los textos médicos medievales sobre medicina de la mujer. Se aproxima incluso la autora a cómo se trata la placenta en la alquimia antigua, rastreando su uso en XVII, y mostrando cómo, entre los siglos XVIII y XXI, aquella osciló entre ser vista como un recurso farmacéutico y símbolo de material reproductivo en la medicina popular. Así, esta autora imposta ya también en su abordaje histórico una mirada sobre la placenta

¹¹ Algo que yo misma he trabajado en mis reflexiones sobre las relaciones y corporalidades lactantes (Massó Guijarro 2013).

¹² Sin paginación en línea.

¹³ Asumiendo, insisto, lo poroso de esta distinción ya que muchos trabajos sobre qué se hace hoy se vinculan con miradas sobre qué se hacía ayer, porque las mujeres giran la mirada al pasado buscando referencias, como veremos.

como agente farmacéutico-curativo (medicinal) y cultural (en un amplio espectro ritual), en sus propios términos.

Siguiendo con la mirada histórica en relación con el Antiguo Oriente, Chen (2024) explora la concepción material y simbólica de la placenta en la China de la dinastía Ming, destacando su ambigua posición entre lo vivo y lo no vivo. A partir del análisis de textos médicos y filosóficos de la época, Chen muestra cómo la placenta era percibida como un órgano vital con propiedades medicinales, pero también como un residuo del nacimiento que requería un tratamiento ritual adecuado. La investigación revela la interacción entre la medicina tradicional china y las creencias populares sobre la placenta, enfatizando su papel en la reproducción, la salud materno-infantil y las prácticas médicas de la época.

Tuluğ (2019) ha explorado los rituales relacionados con la placenta en Turquía en relación específicamente con la antigua cultura okunev, buscando comprender las conexiones entre sus prácticas rituales, así como las creencias y costumbres que persisten a lo largo del tiempo en diversas culturas. La autora señala cómo la costumbre de enterrar la placenta entre los turcos, especialmente entre las tribus que emigraron a la región de Anatolia (así como los kazajos, turcomanos o kirguisos, entre otros), siguen siendo tradiciones vivas. Lo considera reflejo de la antigua llamada Cultura de la Fertilidad, con raíces en Siberia, y los rituales relacionados con la diosa Umay. Hasta la fecha, como aduce Tuluğ (2019), no se había abordado la conexión entre las costumbres de enterrar la placenta en Siberia y Anatolia, por ejemplo.

En cuanto a España, y sin ánimo de exhaustividad, el pasado reciente muestra todavía cómo algunas mujeres de la Mancha recuerdan que el cordón umbilical (continuidad de la placenta, en realidad) se guardaba a menudo como portador de suerte (Carrasco Sotos 2020). En cuanto a la placenta de forma específica, llamada entonces “secundina” (como un segundo parto, el verdadero alumbramiento), la costumbre era enterrarla de forma inmediata en el corral de la casa, cavándose un hoyo y echando previamente un cubo de agua, ya que en caso contrario se creía que la madre comenzaría a tener una sed excesiva y mórbida.

3.3. Mirada etnológica contemporánea sobre la placenta: honrar, enterrar, cultivar...

“Como bebé maorí¹⁴, la placenta de Harper ahora será devuelta a la tierra [...]. Whenua (placenta) se devuelve a la whenua (tierra), con el pito (cordón umbilical) como el vínculo entre el recién nacido y papatuanuku (madre tierra). Con esta afinidad establecida, cada individuo cumple con el rol de custodio de papatuanuku, lo cual permanece durante toda la vida” (en Martín Herrera 2017: 2).

En cuanto a los estudios contemporáneos que, desde distintas disciplinas, abordan o revisan lo que diversos grupos (étnicos o no, ya que veremos que a menudo se mixturán tendencias culturales en este sentido) realizan con la placenta tras el parto, hemos encontrado los siguientes estudios destacados. Lo que subyace en todos ellos es que significan formas diversas de “honrar” la placenta en distintas culturas, en términos de Ben-Senior¹⁵ (2021). Este autor, en su análisis de hasta 179 sociedades, identificó rituales y prácticas de

¹⁴ Para ver una imagen de un bebé neonato neozelandés todavía ligado a su propia placenta con el cordón (sin ánimo de exhaustividad, ya que las imágenes son legión): <https://www.theguardian.com/australia-news/2016/jan/08/facebook-photo-of-newborn-with-placenta-casts-light-on-birth-rituals>.

¹⁵ Cf. también Bellsola et al. (2017).

disposición placentaria que incluyen el entierro, la incineración o la preservación, y que se vinculan invariablemente a creencias espirituales y de protección.

De forma confluyente a ello, Moeti et al. (2023) han realizado una de las revisiones sistemáticas más recientes e ilustrativas sobre lo que llaman los “métodos indígenas de disposición (o tratamiento) de la placenta” tras el parto, modos que consideran este órgano de una importancia sagrada de forma transcultural. Estas autoras han señalado como los tres grandes temas o cuestiones halladas vinculados con ello: (1) consumo de placenta (entendiendo que aumenta la producción de leche, previene la depresión posparto y previene el sangrado posparto); (2) el entierro de placenta (el lugar de entierro determina el destino y la protección del bebé); y (3) creación de artefactos (recuerdos). Moeti et al. (2023) han encontrado tan frecuente y tan relevante la incidencia de estas vivencias, que recomiendan con énfasis que la medicina occidental respete y apoye los métodos indígenas de disposición de la placenta, garantizando un manejo seguro desde el hospital (entendiendo que la mayoría de partos son hospitalarios) hasta el regreso al hogar.

Burns (2014) por su parte estudió los rituales de placenta entre las mujeres contemporáneas que dan a luz en casa en Australia, examinando las prácticas y significados culturales que se asocian. En la línea de lo acotado por Moeti et al. (2023), hallamos justamente ejemplos de los tres grandes sub-temas; concretamente, la encapsulación de la placenta para consumo, su plantación bajo un árbol y la impresión (imprimación) de su forma en papel. Se enfatiza la conexión entre estas prácticas y el deseo de las madres de reafirmar su autonomía en el proceso del parto, en contraste con el enfoque biomédico dominante.

Este trabajo de 2014 se complementa con el recientísimo de McMullen et al. (2024), en un fascinante abordaje sobre las perspectivas de las mujeres indígenas australianas acerca de la práctica del entierro de la placenta, y su relación con un jardín dedicado a este propósito. Estas madres destacaron como temas vinculados clave la importancia de la continuidad del cuidado materno (deseo de colaborar con parteras en un modelo continuo durante el embarazo y el posparto), la conexión entre ellas y sus criaturas, y más allá: cómo el jardín de placentas opera como un vínculo cultural, y la creación de oportunidades para la sanación, a través del entierro de la placenta. Son razones totalmente análogas a las que encontramos en experiencias de grupos similares: madres muy distintas en muy distintos lugares del mundo, con palabras distintas pero análogas, expresan cosas muy parecidas al respecto de sus placentas.

Otra investigación (Helsel y Mochel 2002¹⁶) realizada en Estados Unidos muestra, en la agrupación étnica de origen hmong en el Valle Central de California, la persistencia de la creencia tradicional de que las placentas deben ser enterradas en casa, percibiéndose el ritual como esencial para el futuro viaje al mundo espiritual y la reunión con los antepasados; desde una perspectiva antropológica, ello se considera significativo en el marco del animismo. Se registró además cierta renuencia por parte de los hmong a pedir permiso en el hospital, tras el parto, para llevarse la placenta a casa. Una de las recomendaciones de este artículo es precisamente incorporar las prácticas de salud tradicionales de pacientes “no occidentales” en la atención médica (considerada) occidental¹⁷.

¹⁶ Cf. también Davis-Floyd (2004) para mayor profundización en cuestiones relacionadas desde una perspectiva histórica.

¹⁷ “Occidental” (y occidentalizado) y “no occidental” suponen etiquetados y distinciones muy cuestionables en realidad, por ello a veces los enunciado entrecomillados, pero aun así se mantiene su empleo porque siguen usándose y funcionando, tanto en el mundo de la vida (uso coloquial) como en la investigación (uso especializado) de manera generalizada, y los imaginarios asociados a ello son compartidos y suficientemente intersubjetivos.

Shroff (2017) habla de la ceremonia de la placenta que junto con su familia organizó, recreando rituales de su cultura parsi de origen, en relación con la ceremonia anagar. En este caso encontramos de nuevo mixtura de lo antiguo con lo nuevo, la tradición siempre recreada y como una criatura nueva, fresca, un híbrido que condensa la memoria (el pasado) y la proyección (el futuro) en un objeto presente siempre nuevo.

Cooper (2019) analiza la práctica del entierro de la placenta en Níger y la zona del Sahel, donde este órgano es considerado –de un modo, por cierto, de una tremenda oportunidad intuitiva- un “compañero de viaje” de la criatura recién nacida. Se considera que el manejo adecuado de la placenta, a través de un cuidadoso entierro, es crucial para garantizar la fertilidad futura de la madre y protegerla de influencias negativas, vinculándose estos rituales con la cosmovisión local, en la que el ciclo de vida, la fertilidad y la conexión con los ancestros juegan un papel central. El estudio también examina, por otro lado, el impacto de la urbanización, el islam y la biomedicina en la persistencia y transformación de estas prácticas. De hecho, una de las reflexiones más fascinantes que suscita este trabajo es cómo enfatiza la centralidad de este ritual en el parto, así como el atractivo de la pericia ritual de las “parteras tradicionales” ancianas, a pesar del posible acceso a matronas capacitadas en biomedicina. El estudio muestra cómo de forma intergeneracional, a lo largo de un amplio rango de etnias, grupos de estatus y niveles educativos, las mujeres en Níger comparten la inquietud por el entierro adecuado de la placenta.

Bastien (2017) recuerda cómo entre los seri, una tribu casi extinta en el norte de México, el saludo estándar es “Miixonih quih zo hanta no tii?”, que traducido literalmente significa “¿Dónde está enterrada tu placenta?” (con ello comenzamos, de hecho, este artículo). Ello se debe que a los seri pueden señalar el lugar exacto (cubierto de arena del desierto y cenizas, y marcado con un anillo de piedras) donde sus propias placentas están enterradas: “Pocos de nosotros podríamos responder a su saludo. Para los seri, esto sería como no saber quién eres. ¿Dónde está tu placenta? Para la mayoría de nosotros, nuestras placentas simplemente fueron tiradas a la basura” (ibíd.).

3.4. Mirada etnojurídica sobre la placenta: la placenta es nuestra, ¡que nos la devuelvan!¹⁸

“[...] pedazo de sangre y tejido, destinado a la incineración poco después de que el bebé tome sus primeras bocanadas de aire” (Stenzel 2017: 30).

Han destacado en esta búsqueda, de manera singular, los estudios de corte más jurídica, o etnojurídicos, que atienden a las reales o posibles regulaciones sobre dar la placenta a las mujeres tras el parto, resaltando sobre todo la cuestión para países marcadamente pluriculturales. Recordando aquí la consigna “el parto es nuestro”, podríamos afirmar que la placenta también lo es (o lo debe ser), y resulta fundamental conocer qué dice (o tiene que decir) la ley al respecto.

América Latina (sobre todo Chile, pero no solo) posee un papel pionero y protagónico en relación jurídica sobre esta cuestión. Algunos de los casos que se presentan a continuación podrían haber sido parte del epígrafe anterior, pero se incluyen separadamente aquí por su matiz, insisto, jurídico-regulativo, que los singulariza.

Contreras Molina et al. (2022) han analizado, desde una perspectiva etnográfica (y considerando marcos socioculturales, territoriales y políticos, espirituales y religiosos), los móviles, usos y significaciones de la placenta en la zona centro-sur de Chile, a raíz de la ley

¹⁸ “Que nos la devuelvan” se usa jugando con la consigna que la asociación española “El parto es nuestro” ha hecho tan popular, en una auténtica reclamación de autoría política, feminista y (pro)genitora, por así decir (<https://www.elpartoesnuestro.es/informacion/nuestro-decalogo->).

que permite la solicitud y disposición de la propia placenta tras el parto en el hospital. Se tuvo en cuenta discursos tanto de personas sin identificación étnica como también de mujeres mapuche que habían solicitado la placenta.

Esto se complementa con el trabajo de Szulc (2023), esta vez sobre los mapuches argentinos de la zona del Neuquén, y las interesantes iniciativas de las comunidades mapuche para recuperar maneras culturales propias de atender la salud y la socialización de su infancia, en relación por ejemplo con el parto domiciliario en los territorios llamados “recuperados” (los lof).

También para el caso chileno Bustos (2021) ha analizado la propuesta de modificación reglamentaria del sistema de salud para la entrega de la placenta a mujeres (indígenas o no), reflexionando sobre las racionalidades estatales que subyacen al proceso, así como el papel de la antropología en el abordaje de las políticas públicas con pueblos indígenas.

Para el caso de Bolivia (Arancibia Flores 2019), estado cuya condición plurinacional se halla por antonomasia reconocida en una constitución política paradigmática que recoge el Derecho de los Pueblos, se ha denunciado cómo (paradójicamente) no existe procedimiento legal para respaldar la solicitud y entrega de la placenta en el hospital; ello, pese a que las culturas indígenas poseen conocimientos y prácticas ancestrales sobre su uso. Se plantea, pues, la necesidad de “determinar las características de las herramientas legales fundamentadas en la Constitución que permitan regular el derecho al uso de la placenta fuera de la comunidad indígena originaria campesina por personas indígenas y no indígenas” (Arancibia Flores 2019: 1).

Mann (2017), por su parte, denuncia la “angustia” que causa a poblaciones indígenas el tratamiento como material de desecho de la placenta (también del cordón umbilical, por cierto), señalando algunos casos específicos en las culturas matriarcales de la Isla Tortuga (América Indígena del Norte y Central), donde las mujeres tratan de que se reviertan las antiguas prohibiciones sobre los cuidados posnatales tradicionales en torno a placenta y cordón umbilical.

Frente al paradigmático caso chileno, España tampoco posee una regulación clara sobre el derecho explícito de las madres a quedarse con sus placentas, si fuera su deseo. Destaca el estudio de Martín Herrera (2017) sobre el fallo en 2016 de un juzgado de lo Contencioso Administrativo sobre “un asunto concerniente a la bioética y el respeto de los derechos fundamentales de la persona”, a raíz de una disputa surgida por la negativa de la administración pública sanitaria de la Comunidad de Madrid de entregar a una mujer su propia placenta tras el parto, para poder “enterrarla junto a un árbol como forma de agradecer a la Pachamama el nuevo alumbramiento”. El propio autor defiende la placenta en su artículo como “mucho más que un residuo biológico y que su destrucción vulnera el más básico respeto por la dignidad de los nuevos miembros de la familia humana” (Martín Herrera 2017: 1).

Resulta de especial interés este punto de encuentro en países pluriculturales, donde está sucediendo una intersección en la ley sobre que hacían (y desean seguir haciendo) las poblaciones originarias, que se siguen reconociendo como tal, y qué sucede hoy en el ámbito sanitario obstétrico. Tal vez ese hiato sea ficticio, espurio, culturalmente forzado, aunque por otro lado obedezca a algo nada ficticio, como es la razón colonial, en sentido genérico (ya fuera más explícito o más implícito), que ha obrado y sigue obrando durante tanto tiempo.

3.5. En la propia voz: narraciones placentarias, agencia placentaria, la placenta estética

“No tenía la intención de aprender sobre las placentas” (Jordan 2017c: 142).

Hemos encontrado en la revisión abordajes autoetnográficos o autorreferenciales sobre la placenta (ya aludidos algunos) que son fundamentales para paliar el silencio sistemático, ese olvido sobre la placenta declarado por la propia biomedicina, pero especialmente flagrante para con las madres, las generadoras y dueñas de las placentas: la crasa injusticia epistémica, también en esto (cf. Massó Guijarro 2023).

Así, vemos por ejemplo una historia personal sobre la propia placenta en Moeller y Selander (2017: 85), en este caso sobre cómo el uso de la placenta sirvió para paliar la afectación de la madre por no haber podido parir en casa, como era su deseo. En su propia voz:

A los nueve meses, mi bebé había insistido en quedarse en posición de nalgas, y me dijeron que tendría una cesárea en lugar de un parto en casa. En mi decepción, decidí mantener dos cosas tal como las había planeado: tener contacto piel con piel inmediato con mi hija mientras la amamantaba, y conservar mi placenta, incluso en el entorno clínico del hospital. Así, mi esposo salió del quirófano con una gran sonrisa, llevando a mi pequeña hija envuelta en una mano, y una bolsa plástica estéril que contenía mi placenta fresca y sangrienta en la otra [...]. (Moeller y Selander 2017: 85)¹⁹

Así, el poder realizar algo elegido con la placenta, lo que llamo aquí la “agencia placentaria”, sirve sin duda en muchas ocasiones para compensar el no haber podido experimentar otras cosas deseadas en el momento del parto o peri-parto: al menos sobre la placenta se puede decidir a posteriori. Por eso también sirve para sanar. (Se abordará esto con más detalle en el próximo epígrafe).

Destaca la experiencia compartida como partera, además de madre, de Jordan (2017c: 142): “No tenía la intención de aprender sobre las placentas. El posparto era un pensamiento posterior en mi experiencia de parto y maternidad, en mi trabajo de base y en la creación de teorías”. Hoy ella se afirma como miembro del llamado movimiento de partería laica en Canadá (Shroff), en su caso atravesada por la asistencia del parto en casa de su propio hermano en Toronto durante los años 80, así como su trabajo como asistente en parto domiciliario, doula en parto hospitalario y cuidadora posparto en el hogar.

Finalmente, de gran interés son en este sentido las aproximaciones estético-artísticas al tratamiento posparto de la placenta (la arriba mencionada generación de artefactos/recuerdos); cf. por ejemplo Greavette y Jordan (2017), sobre el proyecto de nacimiento de Amanda Greavette, consistente en una serie de pinturas a tamaño real que representa a mujeres, el parto y la maternidad, incidiendo en la naturaleza real y simbólica del parto como una experiencia holística. Se reconoce en estas formas artísticas el parto como evento poderoso y profundo que cambia y moldea la identidad personal, conllevando a menudo un despertar físico, emocional y espiritual: dar a luz deviene el “paisaje perfecto para explorar experiencias universales como el dolor, la euforia, la transformación y la bienvenida a una nueva vida” (ibíd.).

Del “árbol de placenta” y su imprimación trataremos en el siguiente y último epígrafe. Aunque no profundicemos por razones de espacio en este sentido (seguramente queda pendiente un artículo sobre placenta-estética, entre otros tantos abordajes posibles), repárese también en la visión tan notoria de la placenta en la embriagadora serie de fotografías (nudas, sin ningún tipo de photoshop o retoques) de la artista plástica argentina Ana Álvarez- Errecalde, que se fotografió a sí misma justo tras el parto de su primera hija

¹⁹ Por el valor narrativo del texto, se opta por presentar la extensa cita.

(“El nacimiento de mi hija”, 2005), con sangre y la placenta más el cordón visibles (en una de las imágenes la placenta aún está dentro de su cuerpo, en otra junto a ella)²⁰.

4. ¿Revival? placentario como síntoma y símbolo: entre la tradición y la modernidad, por una agencia placentaria transgresora

“Estaba tan feliz con la placenta de mi hijo. Mi partera me dijo que era casi la más grande que jamás había visto. Era robusta, firme y húmeda; de color rojo y púrpura. Estaba irracionalmente y sin disculpas orgullosa. Pero no podía articular por qué. Aún no sabía cómo confiar en el conocimiento que no puede expresarse con palabras”
(Borek 2017: 179).

Se está reflexionado mucho (Safi 2023) sobre este resurgir del interés sobre la placenta propia (el revival placentario), especialmente en enclaves occidentales donde hace mucho que estaban perdidos tantos rituales posibles sobre qué hacer con eso llamado placenta, después de expulsarla en el alumbramiento. Estos distintos rituales, casi todos en torno a recordar la placenta de algún modo a través de alguna plasmación estética material o, sobre todo, el entierro (pudiendo comerse o no una parte, en el ínterin), son en realidad variaciones de un mismo tema, revivals etnohistóricos, mezcla de tradición e innovación o modernidad (como todo lo humano), que dan cuenta de algo fundamental, fascinante y necesario: el hambre de símbolos, de sentido, de marcaje ritual de los ciclos, fases y momentos sociales/personales trascendentes (Han 2020), y las consecuencias deletéreas de la desaparición de los rituales, como patologías del presente ligadas a la erosión de la comunidad (usando los términos hanianos).

Muchos de estos rituales re-inventados desempeñan, entre otras cosas, funciones cruciales de sanación emocional (la “agencia placentaria” que recién mencionamos), de reconexión con vínculos familiares ancestrales, un deseo profundo de revitalizar alguna forma de identidad cultural, en muchos casos, y de promover un enfoque más holístico de la salud tras el parto (Safi 2023).

Por otro lado, ello forma parte también de un movimiento más amplio que se desarrolla en la blogosfera maternal²¹. Con el auge de las redes sociales y los foros en línea, las madres comparten extensamente sus experiencias sobre qué hacer con la placenta tras del parto, desde el consumo (encapsulado, por ejemplo, enfatizando sus ventajas energéticas u hormonales²²) hasta el entierro ritual o la generación de recuerdos (memoria estética) con la imprimación, por ejemplo, y como hemos ya citado aquí. Hallamos ahí una reconfiguración del significado de la placenta, creándose una narrativa más compleja y autónoma sobre la corporalidad materna. Para con en esta práctica, las madres expresan en

²⁰ <https://alvarezrecaalde.com/portfolio/el-nacimiento-de-mi-hija/>. Cf. también Link-Troen (2017) para experiencias personales y Cordoni (2017) para la visión de un padre; Battaglia (2017) para una aproximación literaria y Garnier (2017) para un análisis lingüístico-simbólico, todo ello en relación con la placenta.

²¹ Entendiendo en un sentido amplio el conjunto de redes sociales, intervenciones digitales y ciberactivismo vario donde, de forma autónoma y por libre voluntad, las madres expresan y publican relatos orales y escritos (a veces en primera palabra, otras veces comunicados en cuentas de doulas, matronas, puericultoras, etc.). Estas narrativas a menudo visibilizan prácticas médicas hegemónicas y alternativas, con enfoques históricos, feministas y narrativos, destacando su capacidad para transformar experiencias individuales en discursos colectivos que desafían estructuras de poder (cf. Massó y Mantilla 2025).

²² El consumo de la placenta o placentofagia probablemente merezca un capítulo aparte (que desde luego no podemos dedicar aquí), ya que tiene implicaciones de muchos tipos: precisa de un abordaje desde lo fisiológico a lo nutricional, pasando por la mirada antropológica de la comensalidad, el fetiche, la autofagia y una larga lista de enfoques posibles. Mencionamos solo de pasada el artículo de Myers (2017).

redes invariablemente un fuerte componente emocional y simbólico, en el que muchas sienten que el acto de honrar la placenta les ayuda a procesar su experiencia de parto y a establecer una conexión más profunda con su bebé.

Una de las prácticas más apreciadas es la del árbol de placenta; de hecho, una mirada somera en internet nos dará resultado de una legión de representaciones metafóricas de la placenta como árbol; y al respecto afirma Jordan, no en vano, que su metáfora favorita para la placenta es, justamente, un árbol: “con su masa circular de redes vasculares, se asemeja a las raíces de un árbol, entrelazándose mientras se extienden en el suelo fértil de la tierra. El cordón umbilical es como un largo tronco que crece desde estas raíces. Los bebés son los frutos y flores de este árbol humano de la vida” (Jordan 2017: 130). Señala esta autora además la relación profundamente simétrica entre las placentas y los árboles, entre otras apreciaciones, entre lo biológico y poético.

Otra de las más frecuentes acciones/disposiciones placentarias compartidas en redes es la de la imprimación o impresión de la placenta, que en algunos hospitales comienza a realizarse u ofrecerse con más o menos renuencia²³. En los grupos virtuales se comparten infinidad de hermosas y coloridas imágenes sobre ello y existen numerosos tutoriales de cómo llevarlo a cabo. Esto supone, en la línea de la aproximación estética que mencionamos en el epígrafe anterior, un elemento más que enriquece el mero enterramiento, del que no queda huella material (salvo en diferido, si se siembra algo que crece después), o el exceso de literalidad acaso de una fotografía.

Los testimonios a modo de relato o narración placentaria, de los que ya hemos mencionado algo en este artículo, son también frecuentísimos en los espacios virtuales. Al inicio de esta sección encontramos la expresión de afirmación y orgullo sin vetas con que Borek (2017) habla de su placenta. Hay testimonios también que (d)enuncian y evocan justamente lo contrario: la ignorancia, la desinformación sobre su propia placenta, dando a entender un sentido de desatribución igualmente poderoso porque nace de la rebelión: afirma Chawla (2017: 190): “Habiendo dado a luz a tres hijos y siendo la orgullosa abuela de cinco, sé poco sobre la placenta”.

Para finalizar esta última aproximación, vamos a realizar un breve análisis de discurso con un fragmento real, vindicando la palabra de madre como fuente de conocimiento. La historia escogida –de entre tantas que se repiten en distintos continentes y latitudes- es la compartida por la consultora de crianza Miriam Tirado en su propia web (<https://www.miriamtirado.com/la-placenta/>), porque refleja y sintetiza lo que he hallado en muchos otros testimonios al respecto de lo que he denominado “agencia placentaria” (en el trabajo de campo formal a lo largo de tantos años, en las lecturas, en las experiencias íntimas confiadas en relaciones personales); una agencia placentaria transgresora, porque transgrede lo que la obstetricia ha hecho de ello (marginando, reduciendo, desechando), para adueñarse legítimamente del destino de la placenta fuera del cuerpo materno.

Seleccionamos, así, algunos fragmentos paradigmáticos para refrendar lo contado hasta ahora:

- *“Entramos en el hospital con el plan de parto bajo el brazo donde decía, explícitamente, que queríamos que nos dieran la placenta”*: es interesante que se alude cómo en el plan de parto se contempla esta opción (ya en 2009), que en realidad como tantos otros elementos del mismo a la hora de la realidad no se respetan en absoluto (cf. Mena-Tudela et al. 2020).
- *“No conocía mucha gente que lo hubiera pedido pero teníamos claro que no queríamos que lo que había permitido que Laia creciera fuerte y sana dentro de mi vientre terminara en un contenedor. Debía tener un final más digno, después de todo lo que había hecho por*

²³ En mi reciente trabajo de campo en hospitales de Buenos Aires y conurbano provincial (Argentina, septiembre-diciembre 2024), algún equipo de obstetricia narró estar incorporando esta práctica paulatinamente.

nosotros”: vemos la conciencia de la transcendencia fisiológica del órgano placentario, que se transmuta y expresa en una necesidad de honrar de algún modo ese algo que se considera muy valioso.

- *“Un año después de mi primera contracción de parto, en un lugar del Bages que amamos mucho, mi marido, yo y algunas personas más escogidas cuidadosamente hicimos un ritual de unión, de agradecimiento por ese primer año con Laia con nosotros y de entrega de la placenta a la tierra. Escogimos conscientemente el lugar y la enterramos plantando encima una planta que pudiera resistir el clima de la zona”*: hallamos aquí la recreación de ritual propio, autónomo, con círculo cercano y personas significativas; necesidad de mostrar gratitud y sensación de devolución; elección y agencia consciente, necesidad de conectar con lo vivo (nueva planta, que resista al aire).

- *“Al final de la ceremonia, enterramos la placenta de Lua al lado de donde enterramos la de Laia. Esta vez, encima plantado lavanda”*: en esta narración del ritual para la placenta de la segunda hija se expresa la necesidad de una reconexión del parentesco, la unión de las placentas de ambas hermanas (ambas un día estuvieron en el mismo útero) y la continuación con el ciclo vital en un sentido más holístico, replantando nuevos brotes.

- *“Y antes de hacerlo dije estas palabras (con voz medio rota porque la emoción se me comía): «Hoy, que es un día tan especial e importante para nosotros, también queremos enterrar la placenta de Lua, la placenta que le dio la vida y que le permitió crecer y venir a nosotros. Celebramos este árbol de la vida que es la placenta, le agradecemos todo lo que nos ha dado (esta Lueta), y la volvemos a la Madre Tierra»”*: aquí se destaca la formulación del ritual a través de la palabra, del verbo, a través de la creación de una oración propia que consagra el momento espiritual.

- *“Y con mi marido, Laia y Lua colgada en la mochila (los 4), pusimos la placenta donde tocaba y la fuimos cubriendo de tierra. Plantamos la lavanda y la regamos. Nos abrazamos fuerte y (yo y él), lloramos. Este es, sin duda, uno de los momentos más bonitos de mi vida”*: hallamos aquí la expresión de culminación de un acto comunicatorio, colectivo, que desempeña de forma poderosa todas las funciones simbólicas que la antropología estudia para los rituales de consagración. Es tan importante que sea compartido, entre varios (“los cuatro”), como la emoción expresa que supone (“lloramos”), todo lo que en suma ayude a coagular y redimensionar un recuerdo tremendamente positivo (“de los momentos más bonitos de mi vida”).

- *“Os cuento todo esto porque si sabéis nuestra historia con las placentas de nuestras hijas entenderéis lo atónita que me quedo cuando oigo expresiones de asco o de desprecio hacia esta parte de nosotras mismas: [...] Y si yo hubiera conseguido parir en casa, si mi naturaleza me lo hubiera permitido, habría estado encantada de que las comadronas me hubieran hecho un batido con una parte de la placenta, ¡y tanto que sí! ¡Y me lo habría bebido feliz! Porque ni lo encuentro asqueroso, ni me da asco... igual que no encuentro asquerosa ni me da asco ninguna parte de mi cuerpo o del de mis hijas. ¿Cómo podría?...) O sea que es imposible que a mí las placentas (las mías y las de las otras mujeres) me den asco. Al contrario. Para mí son sagradas y las honraré el resto de mi vida”*: este fragmento supone una expresión neta y apasionada del empoderamiento corporal, carnal, vivido y experimentado fenomenológicamente por esta madre, que le supone incluso una fuente de sororidad placentaria: no le dan asco las placentas de nadie, todas son sagradas y todas las honrará de por vida.

- *“[...] tratamos de encontrar un momento de silencio para ir al punto del bosque donde enterramos las dos placentas y miramos cómo crecen las plantas que hay, y quitamos las malas hierbas y nos conectamos con todo lo que han representado”*: nueva expresión de reconexión del ritual.

• *“Y hacer todo esto que hemos hecho con las placentas para mí ha significado un montón: me han ayudado a ir integrando cada parto, a hacer las paces con todo lo vivido a veces, a palos. Me han ayudado a ir situando, limpiando, sanando”*: nuevamente hallamos, como en otras referencias o narraciones antes aludidas, alusión clara a la sanación, la curación que el ritual permite y vehicula.

Finalmente, cuando hablo de “revival”, de esta suerte de agencias placentarias, no estoy hablando de una simple “tendencia”. Hablo de “revival” en el sentido fuerte de que hay una indudable re-consideración de algo que se ignoró, se ocultó o se minusvaloró en tantas formas diversas, de que existe realmente una sensación colectiva de volver a hacer o ensalzar algo que se perdió (más aún, que se hurtó, se arrebató): una epistemología silenciada, violentada incluso por prácticas de violencia obstétrica. No lo afirmo (“revival”) en el sentido casi frívolo, como de moda, como a veces se usa ese término. No es o no debería ser una moda. Es mucho más: forma parte de una restauración, un reconocimiento debido. Una política.

Este revival es un síntoma y un símbolo de algo que muchas madres expresan necesitar. Y toda palabra es poca para eso.

5. Conclusiones: bioética y políticas feministas por una agencia placentaria soberana

“¿Dónde está tu placenta? Para la mayoría de nosotros, nuestras placentas simplemente fueron tiradas a la basura” (Bastien 2017: 1).

Aquí nos hemos aproximado al destino extra-uterino de la placenta tras el alumbramiento, desde una vindicación feminista de la agencia de las mujeres sobre sus placentas, como parte de algo mucho más amplio: la propia agencia sobre el cuerpo y el proceso de embarazo-parto-puerperio/lactancia, liberados de violencia obstétrica, comprendidos de un modo holístico y culturalmente significativo. Es fundamental en ello la mirada desde el capital simbólico y social, una mirada mucho más amplia que la de la mera obstetricia, que debiera ser solo una parte de la partería, ámbito que la desborda con mucho²⁴.

Sin duda, los diversos tratamientos y asunciones sobre la placenta reflejan tensiones entre lo biológico y lo simbólico, entre lo funcional y lo ritual. La visión de la placenta como desecho biológico que debe ser eliminado rápidamente después del parto se ha reforzado a lo largo de la historia con la racionalización científica de la misma como un órgano de descarte. La práctica común en hospitales de eliminar la placenta sin ceremonias ni rituales refleja esta visión funcional y utilitaria, que limita su significado a una mera parte del proceso biológico del embarazo. Sin embargo, como hemos visto, este olvido o descarte tan temprano han sido criticados por la propia biomedicina, que reconoce cómo la placenta ha sido descuidada y negligentemente considerada.

Como hemos visto, cuando el manejo de la placenta es minimizado o despojado de rituales significativos (ignorándose absolutamente la importancia simbólica de este

²⁴ Comunicación personal en entrevista del partero Fran Saraceno Esparta en Buenos Aires, Argentina, en diciembre de 2024.

órgano), se contribuye a aumentar la distancia que muchas mujeres sienten de la experiencia de su embarazo y parto.

Por el contrario, tratar la placenta de otro modo, con reverencia y cuidado, contribuye a que las mujeres experimenten un sentido de poder y conexión más profundo con su cuerpo, su criatura y la nueva situación vital. La interacción con la propia placenta vehicula y favorece, como hemos visto, una mayor integración del proceso del parto como una experiencia holística y significativa, no solo biológica sino también emocional, social e incluso espiritual (que no necesariamente religioso en sentido más canónico), siguiendo el concepto de salud espiritual defendido por la OMS (Neera et al. 2013), de un lado, y el hambre de ritual teorizado por Han (2020) entre otros.

Finalmente, es fundamental el encuadre de la vindicación de una agencia placentaria en el campo de estudio de la violencia obstétrica. Si bien el descarte acrítico de la placenta de que hemos tratado podría considerarse una forma muy menor de violencia, supone un acto de enorme potencia simbólica por cuanto hemos defendido aquí, y desde luego se enmarca sin ambages en la historia ya secular de injusticia epistémica, olvido y marginación de las propias mujeres en sus propios partos, y la retahíla de acciones no respetuosas que, al fin, se han terminado por catalogar en este incendiario concepto (violencia obstétrica), tan necesario, nacido de la rebelión.

El objetivo definitivo de estas reflexiones es contribuir a lo que llama Stenzel (2017) una cultura positiva sobre la placenta (Placenta-Positive Culture), en la línea de la cultura positiva sobre la lactancia o la narración positiva sobre el parto que tantas veces se ha reclamado, y con las que sin duda confluye. Reconocer, también, como reclama hoy el Human Placenta Project, la radical importancia de la placenta para la salud fetal y adulta; es decir, y en definitiva, para toda la humanidad; convertir el asunto de la placenta en uno de importancia universal, un asunto de salud pública, y de ética sobre la misma (cf. Massó Guijarro 2023), incluyendo el reconocimiento del derecho materno a disponer de su propia placenta.

Como sabemos, pese a que hay ya incluso algunos pronunciamientos bioéticos al respecto (Comité de Bioética de Cataluña 2021), en España carecemos aún de una regulación jurídica específica sobre ello. Recomiendo que, siguiendo y adaptando el modelo de Chile, se pueda avanzar en esta forma de reconocimiento sobre la agencia placentaria, en el marco de su visibilización como forma esencial de capital social.

Así, desde la mirada feminista y decolonial que mencionamos, hemos de caminar desde la marginalidad de la placenta (sanitaria, biomédica, obstétrica, simbólica) hacia un reconocimiento de la misma en tanto que objeto de reflexión y significado cruciales. El creciente interés por estos rituales y las narrativas en torno a la placenta demuestra cómo las mujeres, desde un feminismo que radica en la experiencia misma de la maternidad, reclaman el poder simbólico, emocional y físico en sus experiencias corporales de gestación, parto/posparto/puerperio, como vías de conocimiento personal y político.

6. Agradecimientos

A J. A., por custodiar mis placentas hasta que llegó el momento de saber qué hacer con ellas, y hacerlo conmigo.

El presente texto nace en el marco del Proyecto POyÉTICAS (PID2023-148517NB-I00), la Red Temática de Investigación “ESPACyOS. Ética de la Salud Pública” (RED2022-134551-T), el Proyecto IPOV-RESPECTFUL CARE (101130141) y ATLAS Bioethic Center.

Referencias

- ABC News. (2021, May 14). *Why more women are embracing placenta rituals*. ABC News. <https://www.abc.net.au/news/2021-05-14/why-more-women-are-embracing-placenta-rituals/100064656>
- Arancibia Flores, N. (2019). Derecho al uso de la placenta como ritual cultural o medicina tradicional, fuera de las comunidades indígenas bolivianas. *Revista Lex*, 3(7), 52–66. <https://doi.org/10.33996/revistalex.v3i7.45>
- Bastien, A. (2017). Circling the red tent. In N. Jordan (Ed.), *Placenta wit: Mother stories, rituals, and research* (pp. 103–114). Demeter Press. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt1rrd8sv.14>
- Battaglia, J. E. (2017). Placenta wit and chick lit: A close textual analysis of *The Lost Journals of Sylvia Plath* by Kimberly Knutsen. In N. Jordan (Ed.), *Placenta wit: Mother stories, rituals, and research* (pp. 204–219). Demeter Press. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt1rrd8sv.22>
- Bellsola, Y., Gómez Jaramillo, D., & Grinman, V. (2017). *La placenta: Conservación, usos, propiedades y rituales*. Doula Natal.
- Ben-Senior, L. (2021, January). *Honoring the placenta in different cultures*. Parents Guide to Cord Blood. <https://parentsguidecordblood.org/en/news/honoring-placenta-different-cultures>
- Borek, V. (2017). A placenta by any other name. In N. Jordan (Ed.), *Placenta wit: Mother stories, rituals, and research* (pp. 179–189). Demeter Press. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt1rrd8sv.20>
- Burns, E. (2014). More than clinical waste? Placenta rituals among Australian home-birthing women. *The Journal of Perinatal Education*, 23(1), 41–49. <https://doi.org/10.1891/1058-1243.23.1.41>
- Burns, E. (2017). Discourses of love and loss: The placenta at home. In N. Jordan (Ed.), *Placenta wit: Mother stories, rituals, and research* (pp. 74–84). Demeter Press. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt1rrd8sv.10>
- Bustos, B. F. (2021). La regulación de la placenta en Chile: Reflexiones antropológicas en torno a las políticas públicas y la legislación sanitaria. *Maguaré*, 35(2), 127–160.
- Carmona García, S. (2024). *Neuromaternal: ¿Qué le pasa a mi cerebro durante el embarazo y la maternidad?* Ediciones B.
- Carrasco Sotos, A. (2020). *Guía secreta de Las Pedroñeras*. Ediciones Olcades.
- Cavarero, A. (1997). *Tu che mi guardi, tu che mi racconti: Filosofia della narrazione*. Feltrinelli.
- Chawla, J. (2017). “Baby’s life is in the placenta only”: Hearing Dais’ voices in India. In N. Jordan (Ed.), *Placenta wit: Mother stories, rituals, and research* (pp. 190–203). Demeter Press. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt1rrd8sv.21>
- Chen, H. (2024). Between living and non-living: Materiality of the placenta in Ming China. *Berichte zur Wissenschaftsgeschichte*, 47(4), 382–395. <https://doi.org/10.1002/bewi.202400002>
- Cohen Shabot, S. (2020). We birth with others: Towards a Beauvoirian understanding of obstetric violence. *European Journal of Women’s Studies*, 28(2), 213–228. <https://doi.org/10.1177/1350506820919474>
- Comité de Bioética de Catalunya. (2021). *Humanizar y dignificar la atención durante el embarazo y el nacimiento: Una mirada desde la bioética*. Generalitat de Catalunya, Departamento de Salud.

- https://canalsalut.gencat.cat/web/.content/_Sistema_de_salut/CBC/recursos/documentos_tematica/humanitzar-dignificar-embaras-naixement-es.pdf
- Contreras Molina, R., & Berho Castillo, M. (2022). Placenta: Móviles, usos y significaciones en el centro-sur de Chile. *Salud Colectiva*, 18, e4102. <https://doi.org/10.18294/sc.2022.4102>
- Cooper, B. M. (2019). Traveling companions: The burial of the placenta in Niger. *African Studies Review*, 62(2), 127–148. <https://doi.org/10.1017/asr.2018.17>
- Cordoni, C. (2017). Snakes, berries, and bears: A father's placenta story. In N. Jordan (Ed.), *Placenta wit: Mother stories, rituals, and research* (pp. 220–226). Demeter Press. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt1rrd8sv.23>
- Costanzo, V., Bardelli, A., Siena, S., & Abrignani, S. (2018). Exploring the links between cancer and placenta development. *Open Biology*, 8(6), 180081. <https://doi.org/10.1098/rsob.180081>
- Davidson, J. R. (1983). La sombra de la vida: La placenta en el mundo andino. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 12(3-4), 69–81. <https://doi.org/10.3406/bifea.1983.1574>
- Davidson, J. R. (1985). The shadow of life: Psychosocial explanations for placenta rituals. *Culture, Medicine and Psychiatry*, 9(1), 75–92. <https://doi.org/10.1007/BF00048538>
- Davis-Floyd, R. E. (2004). *Birth as an American rite of passage*. University of California Press.
- Dhar, N., Chaturvedi, S. K., & Nandan, D. (2013). Spiritual health, the fourth dimension: A public health perspective. *WHO South-East Asia Journal of Public Health*, 2(1), 3–5. World Health Organization. Regional Office for South-East Asia. <https://iris.who.int/handle/10665/329763>
- Domingo Moratalla, T., & Feito Grande, L. (2020). *Bioética narrativa aplicada*. Guillermo Escolar.
- Donaghy, P. (2023). The secrets of the placenta in European anatomy and midwifery, 1560–1700. *Isis*, 114(2), 249–271. <https://doi.org/10.1086/724867>
- Einion, A. (2017). “I’m just going to give you the injection for the placenta”: Active management of the third stage and the myth of informed consent. In N. Jordan (Ed.), *Placenta wit: Mother stories, rituals, and research* (pp. 45–56). Demeter Press. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt1rrd8sv.8>
- Garnaoui, A. (2017). The amazing placenta: The placenta's behavioural and structural peculiarities. In N. Jordan (Ed.), *Placenta wit: Mother stories, rituals, and research* (pp. 130–141). Demeter Press. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt1rrd8sv.16>
- Garnier, M.-D. (2017). Hélène Cixous: Matrix writrix. In N. Jordan (Ed.), *Placenta wit: Mother stories, rituals, and research* (pp. 115–129). Demeter Press. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt1rrd8sv.15>
- Garrafa, V., & Manchola, C. (2014). La bioética: Una herramienta para la construcción de la paz. *Revista Colombiana de Bioética*, 9(2), 95–106. <https://doi.org/10.18270/rcb.v9i2.714>
- Grau, O. (2018). La materia de un nuevo deseo: La placenta placentera. *Nomadías*, 24, 131–142. Recuperado de <https://nomadias.uchile.cl/index.php/NO/article/view/49967>
- Greavette, A., & Jordan, N. (2017). Artful pause II. In N. Jordan (Ed.), *Placenta wit: Mother stories, rituals, and research* (pp. 157–164). Demeter Press. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt1rrd8sv.18>
- Han, B.-C. (2020). *La desaparición de los rituales*. Herder.
- Helsel, D. G., & Mochel, M. (2002). Afterbirths in the afterlife: Cultural meaning of placental disposal in a Hmong American community. *Journal of Transcultural Nursing*, 13(4), 282–286. <https://doi.org/10.1177/104365902236702>

- Jordan, N. (2017a). Front matter. In *Placenta wit: Mother stories, rituals, and research* (pp. i–vi). Demeter Press. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt1rrd8sv.1>
- Jordan, N. (2017b). Introduction. In *Placenta wit: Mother stories, rituals, and research* (pp. 1–18). Demeter Press. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt1rrd8sv.4>
- Jordan, N. (2017c). Placental thinking: The gift of maternal roots. In *Placenta wit: Mother stories, rituals, and research* (pp. 142–156). Demeter Press. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt1rrd8sv.17>
- Lavialle, C., Cornelis, G., Dupressoir, A., Esnault, C., Heidmann, O., Vernochet, C., & Heidmann, T. (2013). Paleovirology of ‘syncytins’, retroviral env genes exapted for a role in placentation. *Philosophical Transactions of the Royal Society B: Biological Sciences*, 368(1626), 20120507. <https://doi.org/10.1098/rstb.2012.0507>
- Link-Troen, N. (2017). Slightly inappropriate, but really brilliant. In N. Jordan (Ed.), *Placenta wit: Mother stories, rituals, and research* (pp. 38–44). Demeter Press. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt1rrd8sv.7>
- Maiarú, J. (2024). El quiasmo narración-afecto. *Revista Estudios Feministas*, 32(3). <https://doi.org/10.1590/1806-9584-2024v32n399477>
- Maltepe, E., & Fisher, S. J. (2015). Placenta: The forgotten organ. *Annual Review of Cell and Developmental Biology*, 31, 523–552. <https://doi.org/10.1146/annurev-cellbio-100814-125620>
- Mann, B. A. (2017). “Placental waste”: Wild boys, blood-clot boys, and long-teeth boys. In N. Jordan (Ed.), *Placenta wit: Mother stories, rituals, and research* (pp. 57–73). Demeter Press. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt1rrd8sv.9>
- Martín Herrera, D. (2017). La placenta, un vínculo de conexión entre el neonato y la Pachamama gestionado como residuo. Análisis crítico de una sentencia concerniente a la bioética. *Bioderecho.es*, 4, 31. Recuperado de <https://revistas.um.es/bioderecho/article/view/291201>
- Martínez Dueñas, W. A. (2023). ¿Es posible una bioética intercultural decolonial?. *Jangwa Pana*, 21(3), 174–175. <https://doi.org/10.21676/16574923.5119>
- Massó Guijarro, E. (2013). Lactancia materna y revolución, o la teta como insumisión biocultural: Calostro, cuerpo y cuidado. *Dilemata*, 11, 169–206. Recuperado de <https://www.dilemata.net/revista/index.php/dilemata/article/view/198>
- Massó Guijarro, E. (2023). Violencia obstétrica como injusticia epistémica: El parto en disputa. *Salud Colectiva*, 19. <https://doi.org/10.18294/sc.2023.4464>
- Massó Guijarro, E. (2024). Lactancia materna y violencia obstétrica: En el camino de una soberanía lactante. *MEDICA REVIEW. International Medical Humanities Review*, 12(1), 10–23. <https://doi.org/10.62701/revmedica.v12.5417>
- Massó Guijarro, E., & Mantilla, J. (2025). Los relatos de parto como capital social: Narrativas contemporáneas sobre la transformación de la identidad personal a partir de la maternidad [En vías de publicación].
- Maxwell, A., Adzibolosu, N., Hu, A., You, Y., Stemmer, P. M., Ruden, D. M., Petriello, M. C., Sadagurski, M., Debarba, L. K., Koshko, L., Ramadoss, J., Nguyen, A. T., Richards, D., Liao, A., Mor, G., & Ding, J. (2023). Intrinsic sexual dimorphism in the placenta determines the differential response to benzene exposure. *iScience*, 26(4), 106287. <https://doi.org/10.1016/j.isci.2023.106287>
- McMullen, N., Fiolet, R., Redley, B., & Hutchinson, A. M. (2024). A beautiful bush space on Country: Indigenous women’s perspectives on the cultural significance of a placenta garden. *Women and Birth*, 37(1), 101630. <https://doi.org/10.1016/j.wombi.2024.101630>
- Mena-Tudela, D., Iglesias-Casás, S., González-Chordá, V. M., Cervera-Gasch, Á., Andreu-Pejó, L., & Valero-Chillon, M. J. (2020). Obstetric violence in Spain (Part I): Women’s perception and interterritorial differences. *International Journal of Environmental*

- Research and Public Health*, 17(21), 7726.
<https://doi.org/10.3390/ijerph17217726>
- Merleau-Ponty, M. (2010). *Lo visible y lo invisible. Notas de trabajo*. Nueva Visión.
- Moeller, C., & Selander, J. (2017). Artful pause I. In N. Jordan (Ed.), *Placenta wit: Mother stories, rituals, and research* (pp. 85–92). Demeter Press.
<https://www.jstor.org/stable/j.ctt1rrd8sv.11>
- Moeti, C., Rasweswe, M. M., & Motswagole, B. S. (2023). The disposal of placenta among indigenous groups globally: An integrative literature review. *International Journal of Reproductive Medicine*, 2023, 6676809. <https://doi.org/10.1155/2023/6676809>
- Morgan-Ortiz, F., Morgan-Ruiz, F. V., Quevedo-Castro, E., Gutiérrez-Jiménez, G., & Báez-Barraza, J. (2015). Anatomía y fisiología de la placenta y líquido amniótico. *Revista Médica de la Universidad Autónoma de Sinaloa*, 5(4), 156–157. Recuperado de <https://hospital.uas.edu.mx/revmeduas/pdf/v5/n4/amniotico.pdf>
- Myers, J. (2017). Placenta consumption: Fourth-trimester energy force and source of empowerment. In N. Jordan (Ed.), *Placenta wit: Mother stories, rituals, and research* (pp. 21–29). Demeter Press. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt1rrd8sv.5>
- O'Brien, K., & Wang, Y. (2023). The placenta: A maternofetal interface. *Annual Review of Nutrition*, 43, 301–325. <https://doi.org/10.1146/annurev-nutr-061121-085246>
- Pang, H., Lei, D., Guo, Y., Yu, Y., Liu, T., Liu, Y., Chen, T., & Fan, C. (2022). Three categories of similarities between the placenta and cancer that can aid cancer treatment: Cells, the microenvironment, and metabolites. *Frontiers in Oncology*, 12, 977618. <https://doi.org/10.3389/fonc.2022.977618>
- Remer, M. (2017). A medal for birth. In N. Jordan (Ed.), *Placenta wit: Mother stories, rituals, and research* (pp. 95–99). Demeter Press.
<https://www.jstor.org/stable/j.ctt1rrd8sv.12>
- Safi, M. (2023, September 27). *The rebirth of placenta rituals*. SAPIENS. <https://www.sapiens.org/biology/placenta/>
- Shroff, F. M. C. (2017). Planting our placentas. In N. Jordan (Ed.), *Placenta wit: Mother stories, rituals, and research* (pp. 100–102). Demeter Press.
<https://www.jstor.org/stable/j.ctt1rrd8sv.13>
- Stenzel, A. (2017). Beyond the birth room: Building a placenta-positive culture. In N. Jordan (Ed.), *Placenta wit: Mother stories, rituals, and research* (pp. 30–37). Demeter Press.
<https://www.jstor.org/stable/j.ctt1rrd8sv.6>
- Szulc, A. (2023). Restituyendo formas mapuche de parir y nacer en territorio recuperado. *Etnografías Contemporáneas*, 9(16). Recuperado de <https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/etnocontemp/article/view/1388>
- Trujillo-Alfonso, M., & Vega-Almeida, R. L. (2022). La seguridad de las placentas humanas utilizadas como materia prima farmacéutica desde el enfoque bioético. *Revista Habanera de Ciencias Médicas*, 21(5), e4562. Recuperado de <http://www.revhabanera.sld.cu/index.php/rhab/article/view/4562>
- Tuluğ, G. (2019). Placenta rituals among the Turks and the relationship with the Okunev Culture. *International Journal of Turkish Studies*, 25(1-2), 1–16.
- Wahrig, B. (2024). Human placenta in premodern Europe—a cultural and pharmaceutical agent. *Berichte zur Wissenschaftsgeschichte*, 47(4), 396–417. <https://doi.org/10.1002/bewi.202400004>
- Weinberg, D. (2024). *Human placenta project*. National Institutes of Health. <https://www.nichd.nih.gov/research/supported/human-placenta-project/default>
- Wolf, S. M. (Ed.). (2023). *Feminism & bioethics: Beyond reproduction*. Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oso/9780195085686.001.0001>

Wood, P. (2017). Bledsung of the placenta: Women's blood power at the sacred roots of economics. In N. Jordan (Ed.), *Placenta wit: Mother stories, rituals, and research* (pp. 167–178). Demeter Press. <https://www.jstor.org/stable/j.ctt1rrd8sv.19>